

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

12



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1971

- Armas y Letras*, boletín mensual de la Universidad de Nuevo León. Año II, número 1, enero 30 de 1945. (Artículos acerca del doctor Angel Martínez Villarreal).
- Ciencias*, revista estudiantil mensual. Órgano de alumnos de la Escuela de Bachilleres de la Universidad de Nuevo León. Año I, números 1, 2 y 3; abril, mayo-junio y julio de 1934.
- El Estudiante*, órgano de los alumnos del Colegio Civil del Estado. Año I, números 5, 8, 9 y 10: marzo, julio, agosto y septiembre de 1933. Año II, números 17 y 19-20: mayo y julio-agosto de 1934.
- Gaceta Universitaria*, órgano de la Universidad de Nuevo León. Año I, número 1, agosto de 1934. (Sólo se publicó este número bajo la primera Universidad).
- Gaceta Universitaria*, órgano mensual de la Comisión Organizadora de la Universidad Socialista de Nuevo León. Año I, números 2 y 3: abril 15 y mayo 15 de 1935.
- Gaceta Universitaria*, órgano mensual del Consejo de Cultura Superior. Números 4, 5, 6, 7, 8 y 9: febrero, marzo, junio, julio, agosto y septiembre de 1936, respectivamente.
- Germen*, revista estudiantil. Año I, número 1, diciembre de 1933.
- Oriente*, órgano del Grupo de Normalistas Revolucionarios. Números 1 y 2, marzo y abril de 1934.
- Universidad*, órgano de divulgación universitaria. Número 1, abril de 1933.
- Universidad*, órgano del Consejo de Cultura Superior. Números 1 y 2, septiembre de 1942 y septiembre de 1943, respectivamente.

PERIÓDICOS

Diarios *El Norte*, *El Porvenir*, *El Sol* y *El Tiempo* de Monterrey. Años 1933 a 1943.

LA CIUDAD DE MÉXICO, EN VARIOS TESTIMONIOS

ERNESTO DE LA TORRE VILLAR

Antecedentes

VARIOS SIGLOS DE EXISTENCIA de la ciudad de México, han dejado largo expediente, una enorme traza de su desarrollo, amplia hoja de servicios en los que se puede advertir la variedad inmensa de facetas que ella presenta. Desde las primeras representaciones jeroglíficas que muestran el lugar rodeado de tules y en el cual sobre un nopal, un águila que aprisiona una serpiente se apresta a devorarla, hasta las más recientes representaciones tanto pictóricas como cartográficas, los testimonios de la Ciudad de México son abundantísimos.

El mundo antiguo, el de los indígenas anteriores a la venida de los europeos, ya admiró y describió la grandeza de su ciudad, aquella que les había sido prometida durante varios siglos, y los poetas indios dejaron bellísimas relaciones de la admirable Tenochtitlan, de la cual dijeron:

*Sitio de blancos sauces, sitio de blandas juncias
es México aquí.
Tú, garza azul, vienes volando,
aquí abres tus alas, hermo seas tu cola y tus alas:
posesión tuya es todo el mundo,
pero imperas solamente
aquí en México.*

Y en una descripción más amplia:

*Haciendo círculos de jade está tendida la ciudad,
irradiando rayos de luz cual pluma de quetzal está aquí México:
junto a ella son llevados en barcas los príncipes:*

sobre ellos se extiende una florida niebla.
¿Es tu casa, Dador de la vida, reinas tú aquí;
en Anahuac se oyen tus cantos:
sobre los hombres se extienden:
Aquí están en México los sauces blancos,
aquí las blancas espadañas:
tú cual garza azul extiendes tus alas volando,
tú las abres y embelleces a tus siervos.

De esa hermosura natural apreciable en alto grado por el indígena nos quedaron innúmeras muestras. Los propios, los mexicas crearon la mayor parte, mas los extraños, los indios moradores de los valles vecinos, aliados o rivales de los tenochcas, como tlaxcaltecas y huexotzincas, también supieron captar, como los extranjeros de siglos postreros, la innegable y extraña belleza de la ciudad, tal cual lo podemos ver por esta descripción:

he venido, he llegado a donde se tiende el largo verdeazul:
se agita, espumea, hierve, resuena estrepitoso:
Yo me convierto en pájaro quetzal, en ave color de turquesa:
de Huexotzinco vengo a la medianía de las aguas.
En medio del agua floreciente, donde se confunden
el agua de oro y el agua de esmeralda,
grazna el luciente ánade y al ondular hace lucir su cola.

Y de la magnificencia de la ciudad, múltiples son las menciones, repetidas las referencias a sus suntuosos templos en los que abundantes y complejas deidades recibían culto, y también son continuas las que se dirigían ensalzándolas, a las casas de sus señores y guerreros:

Donde están las casas de esmeralda,
dónde están las casas de pluma de quetzal,
es donde imperas tú, Moctezuma.
De ello fuiste digno y queda tu fama extendida aquí. . .

Con dardos se va a escribir, con escudos se escribe
Tenochtitlan, donde están las flores fragantes,
las flores del corazón:
allí brotan las flores del que da la vida:
por todo el país son chupadas por los príncipes.

Dentro el agua estás de variadas flores
te sientes glorioso.

Estas, unas cuantas muestras de la admiración que propios y extraños sintieron por la sin igual ni sin rival Tenochtitlan, son reveladoras del impacto que la ciudad prehispánica y su ambiente produjeron en el mundo indígena, el cual no tan sólo cantó su grandeza, sino que también lo organizó en todas sus formas, y representándolo o refiriéndose abundantemente a todas las facetas de esa organización. Así, desde los viejos tiempos del mundo nahua, la ciudad comenzó a formar amplio expediente, del cual desgraciadamente perdimos buena parte relativa a las épocas más remotas. Sin embargo algo se conserva aquí y en el exterior. De mucho de ello ya se ha hablado por personas más conocedoras; por ello vamos a referirnos a otros aspectos de ese expediente, a otras fuentes concernientes a la ciudad de México.

Los testimonios documentales

La conquista rápida y la colonización dilatada, lenta y decididamente transformaron la visión, sentido y forma de la ciudad, dejando amplísimos testimonios de su acción sobre la capital de Nueva España. Esos testimonios van a referirse a su organización, a la distribución de su población, sus aprovisionamientos, sus obras públicas, sus instituciones, sus hombres, etc., testimonios que como los del mundo prehispánico acerca de estas mismas cuestiones serán inmensos, pero con la diferencia de que éstos sí habrán de llegar casi en su integridad a nosotros.

De esta suerte, en los archivos de las múltiples dependencias virreinales concentráronse multitud de expedientes referentes a la ciudad.

Tanto en la Secretaría del Virreinato, órgano centralizador de buena parte de la acción gubernativa, como en el archivo del Cabildo Municipal, del Ayuntamiento; y también en los variados archivos eclesiásticos, la documentación que hace referencia a la Metrópoli mexicana es inmensa. Pero no sólo aquí, sino que también en el exterior, en España principalmente, en muy diferentes repositorios públicos y privados, guárdanse ricas fuentes sobre nuestra ciudad y lo mismo ocurre en París, en Florencia, en Roma, en Viena, en Bruselas, en Upsala, en Londres, en Praga y en muchas otras ciudades del Viejo Mundo, a donde por mil diversas causas y en diferentes tiempos fueron a parar los testimonios relativos a México. En múltiples guías documentales, cuya enumeración, a más de cansada sería inútil, puesto que sólo podrá dar una vaga idea de los muy preciados tesoros que hemos perdido y que tanto importa conocer, describense con minucioso cuidado, erudita técnica y la amplitud que el caso requiere, esos testimonios, los cuales valdría la pena se recopilaran, pues proporcionarían muchas luces respecto a la ciudad y las bases esenciales para edificar un sólido y amplio trabajo. Algunos de esos tes-

timonios ya han dado lugar a la realización de importantes estudios y su edición ha enriquecido sobremanera nuestras fuentes históricas; díganlo si no el Mapa de Upsala, la Crónica de Vázquez de Espinoza, los escritos de Cervantes de Salazar, los de Ajofrin y muchos otros, los cuales no han agotado los veneros, sino tan sólo mostrado la rica variedad que contienen.

Respecto a los repositorios nacionales, podríamos citar en primer término al Archivo General de la Nación, en cuyos numerosos ramos, las referencias a la ciudad de México aparecen a cada instante. Fuera de los ramos relativos directamente a ella, como: desagüe, padrón, Universidad y otros, casi todos los ramos del Archivo en una u otra forma hacen relación con la vida de nuestra metrópoli y la de los metropolitanos, como se puede advertir en los ramos de inquisición, criminal, civil, gallos, tabaco, historia, tierras, lotería y chinguirito entre muchos, en los cuales podemos conocer la actividad cultural, espiritual, ideológica, religiosa, sexual, criminal, lúdica, económica y política de nuestros antecesores. ¡Qué panoramas tan importantes se dan en esas secciones, a través de las cuales el pasado se esclarece en todos sus detalles! Nada queda ahí oculto al ojo avizor, curioso, penetrante y también maléfico o ingenuo de los investigadores. Consultando esos ramos ocurre como en la famosa novela de Quevedo, que los tejados de todas las casas de nuestros nobles, piadosos y honorables antepasados se abren y ya sin ellos podemos advertir que su piedad, nobleza y honorabilidad no era tanta; sino que hechos de la misma frágil carne y espíritu que hoy tenemos, pecaban, gozaban, sufrían y hacían las mismas truhanerías que en los tiempos presentes. Nada nuevo resplandecerá, sino los mismos vicios y virtudes que hoy existen, lo cual nos comprueba la semejante condición humana de todos los tiempos.

Sí veremos, naturalmente, señalados los esfuerzos de algunos para organizar a los más, para hacer menos gravosa la miseria, moderar la opulencia y la maldad, refrenar las malas inclinaciones, dotar de mejores medios de vida a numerosos grupos, todo ello a través de documentos que describen el desarrollo de numerosas instituciones de educación, beneficencia, corrección, aprovisionamiento, policía, gobierno, etc., etc.

Fuera del Archivo General de la Nación, es el Archivo Histórico del Ayuntamiento de México, el que mayores referencias proporciona. A más de que en él se conservan las famosas Actas de su Cabildo, es decir las obligadas y continuas menciones a su múltiple actividad, las cuales arrancan del siglo XVI y se cierran en los primeros años del siglo XIX en los que la ciudad se regía no por la voluntad omnímoda de un solo hombre sino por el acuerdo múltiple de "claros y discretos varones" que la gobernaban, interesa enormemente la documentación toda, concerniente a los muy variados aspectos que la vida de una comunidad presenta, como son los de su abastecimiento, go-

bierno, educación, obras materiales, diversiones, sanidad, servicios públicos, etc., etc. En ella, que se encuentra afortunadamente muy bien preservada, pese al descuido que en ciertas épocas se le ha tenido, es posible seguir día tras día los pasos de la ciudad, de sus autoridades y sus habitantes desde el momento de su fundación.

Podremos en ella advertir también, cuáles han sido los gobernantes que ha tenido y a qué intereses han obedecido. La presencia de funcionarios ligados a la oligarquía dominante fue desde el siglo XVI un hecho real, y si a fines del siglo XVIII y principios del XIX vemos a muy distinguidos criollos promover la independencia política del país, esto se debió a que ese grupo se había convertido en el grupo rector de buena parte de la población y se enfrentaba con clara conciencia a otro grupo rival, al de los peninsulares al que habrán de aniquilar consumando su obra en el año de 1827. También ahí podrán advertirse los esfuerzos por abastecer a la ciudad de las provisiones que su siempre creciente población exigía, y percibir los esfuerzos por que los precios de los artículos de primera necesidad no subieran por los cielos manteniendo una política de abastos que nuestros gobiernos tan revolucionarios han imitado. También percibiremos cómo los servicios públicos preocupaban a nuestras viejas autoridades; cómo el agua, el alumbrado y el pavimento, ya mortificaban a responsables funcionarios, quienes echaban mano de acueductos, pipas, adoquines, hachones o mecheros para dar a la ciudad un aspecto más floreciente. La introducción del agua potable, la instalación de la red de desagüe, el tendido de las primeras vías, al principio de madera, posteriormente de fierro para que los trenes de mulitas primero, luego de vapor y finalmente eléctricos pudieran conducir a cada día más apresurados ciudadanos, se patentiza en la documentación que ahí se conserva, como también, los esfuerzos por dotar a la metrópoli de honestas y módicas diversiones en las que los mexicanos encontraran un poco de esparcimiento para disipar sus preocupaciones que con el tiempo han logrado convertirse en públicas neurosis. También en sus polvosos libros nos daremos cuenta de los anhelos de embellecimiento de la ciudad, traducidos en la construcción de obras públicas que llevan impreso el signo de los tiempos. Si en la época de los ilustrados y despóticos borbones el lema que justificaba la realización de esas obras era "Para ornato y utilidad de la ciudad", hoy día, en medio de la conmovedora democracia surgida de la revolución, el lema ha disminuido de extensión, habiendo perdido la primera parte y no quedándole sino aquella que mira "a la utilidad" y ya no al ornato, y si no que lo digan nuestros periféricos y viaductos y otros ductos que semejan corrales de enchiqueramiento de ganado, por los que corren los mexicanos como si se los llevarán los demonios. La actividad cultural también encuentra sus antecedentes en los documentos del Archivo Municipal, en los cuales se

advierte la atención prestada por las autoridades de la ciudad, antes de que existiera ninguna Secretaría de Educación, a la enseñanza de la niñez de otrora. Los reglamentos de las escuelas, las ordenanzas del noble gremio de escribir, leer y contar, las visitas a los diversos planteles de instrucción y también de beneficencia están minuciosamente preservados para los investigadores.

Cualquier aspecto de la vida ciudadana, encuentra en el Archivo del Ayuntamiento sus antecedentes. Ahí es posible precisar no ya la vida particular de alguno de sus vecinos, sino la vida más compleja, pero más interesante de ese gran personaje, el principal, el fundamental de toda la historia, que es el pueblo. Rico, bien conservado y de inmensa utilidad, el Archivo del Ayuntamiento formado en el correr de los años, presta a través de la organización que buenos archiveros le dieron, entre otros don Francisco Gamoneda, un servicio eminente a los investigadores. A Gamoneda debemos la primitiva Guía de sus fondos, la cual no ha sido hasta ahora modificada ni alterada.

Los archivos eclesiásticos, como decíamos, reservan a los estudiosos agradables sorpresas. El archivo del Cabildo Catedral, aunque saqueado un tanto por manos poco piadosas, muestra no tan sólo el fervor religioso sino la actividad entera de la Iglesia en torno de México, desde las épocas más remotas, aquellas en las que la influencia eclesiástica fue decisiva, hasta las actuales posiciones laicistas pero tolerantes, pasando por los álgidos días de lucha entre los representantes del Estado y los de la Religión. Sus Actas, de las que desgraciadamente faltan algunos volúmenes, dan clara idea de la acción de la Iglesia y de sus miembros en torno de la historia mexicana. La creación de planteles de enseñanza, de institutos de beneficencia, de obras pías, de fábrica de capillas y monasterios, de dotación de beneficios y canonjías a los miembros más conspicuos del clero; de pleitos y dificultades entre ellos. También encontraremos ocursos de los particulares respecto a su estado civil, a sus dificultades conyugales, a sus escrúpulos. Papeles que hacen mención de las donaciones a la iglesia, a sus diezmos, a sus prerrogativas, son también nutridos.

El Archivo de Cabildo de la Basílica de Guadalupe, en el extremo de la ciudad, historia principalmente la actividad realizada en torno de ese centro de devoción y peregrinaje. Los archivos parroquiales de ya más de un centenar de parroquias que existen en la ciudad hacen mención a los nacimientos, matrimonios y defunciones ocurridos en esta ciudad desde el siglo XVI. Las cuatro parroquias más antiguas, esto es las erigidas en la decimosexta centuria, guardan, celosamente protegidos, los registros de buena parte de los mexicanos más distinguidos de varios siglos. El del Sagrario encierra la flor y nata de los mexicanos, los descendientes de los primeros conquistadores y pobladores, como también el de Santa Veracruz, en cuyas cerca-

nías vivían familias de rancia prosapia como los Mariscales de Castilla, aunque también guarda las actas de defunción de los ajusticiados por el Tribunal de la Acordada que se hallaba dentro de sus límites. El de Santa Catarina y el de San Miguel revelan también aspectos sobresalientes de la vida mexicana durante más de trescientos años.

Separados de estos piadosos fondos, otras instituciones guardan los testimonios surgidos de la voluntad de las personas para ceder, vender y traspasar sus propiedades. El Archivo de Notarías o Protocolos, uno de los más ricos con que cuenta México, no ha sido explorado del todo. Los beneméritos Agustín Millares e Ignacio Mantecón, patrocinados por El Colegio de México comenzaron a elaborar una guía o catálogo de ese archivo, pero tuvieron que detenerse en los protocolos de unos de los primeros notarios del siglo XVI, sin poder continuar su labor. Un examen detenido de sus fondos permitirá la elaboración de excelentes trabajos en torno de la procedencia de nuestra población, del origen de la propiedad en México, de las actividades artísticas, académicas, políticas y económicas de importantes núcleos sociales no sólo de la Metrópoli, sino de todo el país. El Archivo Público de la Propiedad, más moderno y reciente que el anterior, hace fe de los bienes que cada mexicano posee. Otros archivos existentes en otras tantas dependencias oficiales informan de los turistas de antaño y hogaño que aquí actuaron.

Mas como no es nuestro propósito el referirnos solamente a los documentos que pueden servir para hacer su historia, sino ocuparnos también de algunos testimonios historiográficos referentes a la ciudad, debemos pasar en seguida a ese tema.

Los testimonios acerca de la ciudad de México, como hemos visto se encuentran desde las épocas más remotas. Para nuestro intento conviene tratemos tan sólo de algunos procedentes de la etapa colonial, aquellos que se producen a partir del descubrimiento del Anahuac y del ingreso de los primeros hombres blancos en la opulenta ciudad azteca, en la Gran Tenochtitlan. Eso explicará el que no mencionemos a todos, sino únicamente a algunos de ellos.

Los testimonios historiográficos

El interés por la geografía y la historia, esto es, por la naturaleza y el hombre viene —como en los viejos tiempos en que Herodoto se maravillaba de las tierras recorridas y de los hombres que en ellas moraban del Nilo y de la civilización de Egipto— íntimamente unido en los primeros europeos que contemplaron el Nuevo Mundo. Sin embargo, a éstos como a aquél,

importóles más el hombre que la simple naturaleza, pues al fin y al cabo es él quien subyuga a aquélla, la domina y conforma, aun cuando ella intervenga en la aparición de ciertos caracteres espirituales, de peculiares hábitos y costumbres. No deja por eso la naturaleza americana de sorprender a sus primeros descriptores, empezando por Colón, quien —“cruzando los hilos de la realidad con los del ensueño”— como admirado por sus caudalosos ríos, su salvaje floresta, su colorida y extraña zoología, creyó encontrar en ella el asiento del Paraíso. A partir de él, Vespucio, Oviedo —que otros no lo gozaron con los ojos del cuerpo sino lo intuyeron intelectualmente con su despierta inteligencia—, y posteriormente los conquistadores, Cortés, Bernal Díaz; los religiosos, Sahagún, Motolinía y los subsecuentes, el paisaje americano en general y el mexicano en particular, fue descrito con sobriedad, aun cuando en ocasiones lo haya sido con entusiasmo y deleitante minucia como lo hace Oviedo con el de las Indias.

Los hombres, en cambio, dentro de su comunidad o aislamiento, son vistos con mayor interés. Se les pinta con asombrada certitud de que son seres humanos, disipando las monstruosas y fantasiosas imágenes que de los de lejanos horizontes se habían creado y se seguirán forjando con interesada y dolosa intención. El indígena aparece ante los ojos de los europeos, Colón el primero, en toda su espléndida y bella desnudez, y sus costumbres, habitaciones, sustentos, sus creaciones enteras, van siendo recogidas en sabrosas descripciones, y poco a poco valoradas, incorporando muchas de ellas no sólo al patrimonio de los propios conquistadores, sino al de toda la europea civilización.

La contemplación de una extraña y fastuosa naturaleza amplificó la realidad en su asombrada descripción. La hazaña descubridora fue de tal magnitud, aun cuando los términos estuvieran equivocados en un principio, que había que engrandecerla, exagerarla, multiplicando su real valor. De ahí nacieron en las letras americanas, como tan certeramente lo ha dicho José Juan Arrom, “dos temas y una actitud que luego se han hecho constantes: el paisaje, el hombre y la hipérbole”.

De las descripciones europeas que nos quedan de la ciudad indígena pocas son las auténticas, las directas, las provocadas por su personal impacto en los españoles. Pese a que el número de soldados y capitanes compañeros de Cortés no fue tan corto, según los cálculos hechos por el sabio Orozco y Berra, sin embargo no todos ellos tuvieron la posibilidad de describirlos y de que sus descripciones hayan pasado hasta nosotros. Dos son los testimonios más vivos, hermosos y palpitantes de la ciudad indígena, el de su conquistador, don Hernando Cortés, y el de uno de sus soldados, Bernal Díaz del Castillo. Ambos disfrutaron del grandioso privilegio de contemplar y gozar a sus anchas a la ciudad mexicana, en uno de los momentos más extraordi-

narios de su pujanza y soberbia belleza. En ella vivieron el tiempo suficiente para grabarla indeleblemente en su memoria y en sus escritos, y ellos la vieron desmoronarse como un castillo que la fantasía hubiera elaborado. Por su acción dominadora la ciudad indígena que había sido para ellos como una visión de sueño, quedó destruída y su recuerdo, recogido en sus maravilladas páginas, es como una fantasía auténtica, algo que sólo los continuos hallazgos arqueológicos nos indican fue auténtica realidad.

Estos hombres, de no muy vasta ilustración, dejaron a la posteridad el viviente testimonio de su epopeya. Si Cortés el caudillo hace a través de todas sus cartas una relación interesada de la conquista y de todo cuanto vio, su rico detalle lo envuelve en una prosa y un sentido comparable al de la *Guerra de las Galias*; y Bernal Díaz en un estilo difícilmente superable en fuerza descriptiva y en gracia narrativa tiene el sentido del detalle preciso, para lo cual le ayuda una memoria sorprendente. Son estos soldados cronistas que escriben la gesta de la conquista, sin erudición libresca, no obstante que exhiben ingenua y repetidamente la poca que poseen, los que afirmarán que “no sirven de nada la elegancia del estilo y la erudición si no se ha vivido lo que se quiere relatar”. Es su versión ingenua la que da realce y valor a la historiografía de la epopeya indiana y a sus descripciones, pero su versión por ingenua no es menos bella. Tal vez y sin desearlo, impelidos por la violencia de su gesta, lograrán que la belleza se interesara en sus hazañas, y en páginas maravilladas nos legaran en su varonil y fuerte idioma, la muestra más perfecta de la voz popular, la misma que tuvieron el manco de Lepanto y la monja de Avila. Es la voz del pueblo separada de la tendencia culta, patrimonio de los palaciegos y oficiales cronistas, la que se dejará sentir y creará la historiografía popularista, “produciendo la flora espléndida de las Crónicas de Indias, que culmina en la obra de Bernal”.

Cortés, primero en el tiempo, escribe en su *Segunda Carta de Relación* del 30 de octubre de 1520 la primera descripción de la Ciudad de México, la cual no habrá parecido a Carlos Quinto exagerada, sino apegada a la realidad. Los extraordinarios regalos que Cortés le remitió y que para ese momento ya paraban en poder del César, no eran sino un anticipo de esa descripción. ¿De qué otra parte del Universo podrían haber llegado hasta Europa joyas y objetos tan espléndidos sino de esa ciudad maravillosa que un hasta entonces desconocido personaje conquistara para el invictísimo Emperador? La suntuosidad de la ciudad, sus joyas, los extraños objetos que se vendían en sus mercados, todo estaba expuesto ante su vista. Podía el propio Monarca palpar la suavidad de las telas cubiertas de pieles de conejo, los mantos recamados de plumas de vistosas aves, y más aún gozar de las riquísimas joyas de oro y plata que acrecentaban sus menguados caudales.

Por ello, sólo de esas ciudades descritas por su leal súbdito podían proceder tan fabulosos presentes.

Unos cuantos trozos de esta primera descripción nos servirán, más que para penetrar en el alma sensible del conquistador, para advertir cómo se repiten en la historiografía subsecuente, esto es, cómo se aprovechan por buena parte de los historiadores posteriores, quienes varían algunos de los términos y engalanan la descripción haciéndola más suntuosa. A ellos que perfeccionan formalmente esa descripción habría que aplicarles la frase de Oviedo, ya señalada que dice: "No sirven de nada la elegancia del estilo y la erudición si no se ha vivido lo que se quiere relatar". Esta verdad es la que distancia a las primeras y verdaderas relaciones de todas las posteriores. La esplendorosa Anahuac tuvo la fortuna de contar con dos hombres excepcionales que recogieron su grandeza y la transmitieron a la historia. Oigamos pues brevemente la voz del Conquistador:

"Esta gran ciudad de Temixtitlan está fundada en esta laguna salada, y desde la tierra firme hasta el cuerpo de la dicha ciudad, por cualquiera parte que quisieren entrar a ella, hay dos leguas. Tiene cuatro entradas, todas de calzada hecha a mano, tan ancha como dos lanzas jinetas. Es tan grande la ciudad como Sevilla y Córdoba. Son las calles de ella, digo las principales, muy anchas y muy derechas, y algunas de éstas y todas las demás son la mitad de tierra y por la otra mitad es agua, por la cual andan en sus canoas, y todas las calles de trecho a trecho están abiertas por do atraviesa el agua de las unas a las otras, y en todas estas averturas, que algunas son muy anchas, hay sus puentes de muy anchas y muy grandes vigas, juntas y recias y bien labradas, y tales, que por muchas de ellas pueden pasar diez de a caballo juntos a la par. Y viendo que si los naturales de esta ciudad quisiesen hacer alguna traición, tenían para ello mucho aparejo, por ser la dicha ciudad edificada de la manera que digo, y quitadas las puentes de las entradas y salidas, nos podrían dejar morir de hambre sin que pudiésemos salir a la tierra. Luego que entré en la dicha ciudad di mucha prisa en hacer cuatro bergantines, y los hice en muy breve tiempo, tales que podían echar trescientos hombres en la tierra y llevar los caballos cada vez que quisiésemos.

"Tiene esta ciudad muchas plazas, donde hay continuo mercado y trato de comprar y vender. Tiene otra plaza tan grande como dos veces la ciudad de Salamanca, toda cercada de portales alrededor, donde hay cotidianamente arriba de sesenta mil ánimas comprando y vendiendo; donde hay todos los géneros de mercaderías que en todas las tierras se hallan, así de mantenimientos como de vituallas, joyas de oro y de plata, de plomo, de latón, de cobre, de estaño, de piedras, de huesos, de conchas, de caracoles y de plumas. Véndese cal, piedra labrada y por labrar, adobes, ladrillos, madera la-

brada y por labrar de diversas maneras. Hay calle de caza donde venden todos los linajes de aves que hay en la tierra, así como gallinas, perdices, codornices, lavancos, dorales, zarcetas, tórtolas, palomas, pajaritos en cañuela, papagayos, búharos, águilas, halcones, gavilanes y cernícalos; y de algunas de estas aves de rapiña, venden los cueros con su pluma y cabeza y pico y uñas...

"Hay en esta gran plaza una gran casa como de audiencia, donde están siempre sentadas diez o doce personas, que son jueces y libran todos los casos y cosas que en el dicho mercado acaecen, y mandan castigar los delinquentes. Hay en la dicha plaza otras personas que andan continuo entre la gente, mirando lo que se vende y las medidas con que miden lo que venden; y se ha visto quebrar alguna que estaba falsa.

"Hay en esta gran ciudad muchas mezquitas o casas de sus ídolos de muy hermosos edificios, por las colaciones y barrios de ella, y en las principales de ella hay personas religiosas de su secta, que residen continuamente en ellas, para los cuales, demás de las casas donde tienen los ídolos hay buenos aposentos. Todos estos religiosos visten de negro y nunca cortan el cabello, ni lo peinan desde que entran en la religión hasta que salen, y todos los hijos de las personas principales, así señores como ciudadanos honrados, están en aquellas religiones y hábito desde edad de siete u ocho años hasta que los sacan para los casar; y esto más acaece en los primogénitos que han de heredar las casas, que en los otros. No tienen acceso a mujer ni entra ninguna en las dichas casas de religión. Tienen abstinencia en no comer ciertos manjares, y más en algunos tiempos del año que no en los otros; y entre estas mezquitas hay una que es la principal, que no hay lengua humana que sepa explicar la grandeza y particularidades de ella, porque es tan grande, que dentro del circuito de ella que es todo cercado de muro muy alto, se podía muy bien hacer una villa de quinientos vecinos; tiene dentro de este circuito, todo a la redonda, muy gentiles aposentos en que hay muy grandes salas y corredores donde se aposentan los religiosos que allí están. Hay bien cuarenta torres muy altas y bien obradas, que la mayor tiene cincuenta escalones para subir al cuerpo de la torre; la más principal es más alta que la torre de la iglesia mayor de Sevilla. Son tan bien labradas, así de cantería como de madera, que no pueden ser mejor hechas ni labradas en ninguna parte, porque toda la cantería de dentro de las capillas donde tienen los ídolos, es de imaginería y zaquizamies, y el maderamiento es todo de masonería y muy pintado de cosas de monstruos y otras figuras y labores. Todas estas torres son enterramientos de señores, y las capillas que en ella tienen son dedicadas cada una a su ídolo, a que tienen devoción..."

"Hay en esta gran ciudad muchas casas muy buenas y muy grandes, y la causa de haber tantas casas principales es que todos los señores de la tierra,

vasallos del dicho Mutezuma, tienen sus casas en la dicha ciudad y residen en ella cierto tiempo del año, y demás de esto hay en ella muchos ciudadanos ricos que tienen asimismo muy buenas casas. Todos ellos, demás de tener muy grandes y buenos aposentamientos, tienen muy gentiles vergeles de flores de diversas maneras, así en los aposentamientos altos como bajos. Por la una calzada que a esta gran ciudad entra, vienen dos caños de argamasa, tan anchos como dos pasos cada uno, y tan altos como un estado, y por el uno de ellos viene un golpe de agua dulce muy buena, del gordor de un cuerpo de hombre, que va a dar al cuerpo de la ciudad, de que se sirven y beben todos. El otro, que va vacío, es para cuando quieren limpiar el otro caño, porque echan por allí el agua en tanto que se limpia; y porque el agua ha de pasar por los puentes a causa de las quebradas por do atraviesa el agua salada, echan la dulce por unas canales tan gruesas como un buey, que son de la longura de las dichas puentes, y así se sirve toda la ciudad. . .”

Bernal Díaz por su parte nos deja una relación más sencilla y tersa pero igualmente agradable y realista. Sobresale en Bernal su admiración por el mundo indígena el cual le produce extraña fascinación y entusiasmo. No admite, de todo ese conjunto de naturaleza, hombres y objetos extraños que acabó por conquistarlo al igual que a buena parte de sus compañeros, algunas de sus costumbres, que a otras se adecuarán bien pronto, ni menos su paganismo. Resultaba difícil que su espíritu impregnado aún del espíritu de cruzada, pudiera aceptar una religión idolátrica y con ciertos aspectos de crueldad.

La opinión de Bernal en torno de la ciudad y sus hombres es de enorme importancia. Puede fiársele en su descripción porque no se da en ella una exageración interesada como podría pensarse de la de Cortés. Algunos aspectos de la misma se han tornado ya clásicos en nuestra historia y de ellos deriva toda reconstrucción posterior.

Veamos tan sólo algunas referencias:

“Y así dejamos la gran plaza sin más verla y llegamos a los grandes patios y cercas donde está el gran CU. Tenía antes de llegar a él un gran circuito de patios, que me parece que eran más que la plaza que hay en Salamanca, y todo cercado alrededor, de calicanto, y el mismo patio y sitio todo empedrado de piedras grandes, de losas blancas y muy lisas, y adonde no había de aquellas piedras estaba encalado y bruñido y todo muy limpio, que no hallaran una paja ni polvo en todo él. Y desde que llegamos cerca del gran CU, antes que subiésemos ninguna grada de él envió el gran Montezuma desde arriba, donde estaba haciendo sacrificios, seis PAPAS y dos principales para que acompañasen a nuestro capitán y al subir de las gradas, que eran ciento y catorce, le iban a tomar de los brazos para ayudarle a subir, cre-

yendo que se cansaría, como ayudaban a su señor Montezuma, y Cortés no quiso que llegasen a él. Y después que subimos a lo alto del gran CU, en una placeta que arriba se hacía, adonde tenían un espacio a manera de andamios, y en ellos puestas unas grandes piedras, adonde ponían los tristes indios para sacrificar, y allí había un gran bulto como de dragón y otras malas figuras, y mucha sangre derramada de aquel día.

“Y así como llegamos, salió Montezuma de un adoratorio, adonde estaban sus malditos ídolos, que era en lo alto del gran CU, y vinieron con él dos PAPAS, y con mucho acato que hicieron a Cortés y a todos nosotros, le dijo: Cansado estareis señor Malinche, de subir a este nuestro gran templo. Y Cortés le dijo con nuestras lenguas, que iban con nosotros, que él ni nosotros no nos cansábamos en cosa ninguna. Y luego le tomó por la mano y le dijo que mirase su gran ciudad y todas las ciudades que había dentro en el agua, y otros muchos pueblos alrededor de la misma laguna, en tierra; y que si no había visto muy bien su gran plaza, que desde allí la podría ver muy mejor, y así lo estuvimos mirando, porque aquél grande y maldito templo estaba tan alto que todo lo señoreaba muy bien; y de allí vimos las tres calzadas que entran en México, que es la de Ixtapalapa, que fue por la que entramos cuatro días había y la de Tacuba, que fue por donde después salimos huyendo la noche de nuestro gran desbarate, cuando Cuitlahuac, nuevo señor, nos echó de la ciudad, como adelante diremos, y la de Tepeaquilla. Y veíamos, el agua dulce que venía de Chapultepec, de que se proveía la ciudad, y en aquellas tres calzadas, las puentes que tenía hechas de trecho a trecho, por donde entraba y salía el agua de la laguna de una parte a otra; y veíamos en aquella gran laguna tanta multitud de canoas, unas que volvían con cargas y mercaderías; y veíamos que cada casa de aquella gran ciudad, y de todas las más ciudades que estaban pobladas en el agua, de casa a casa no se pasaba sino por unas puentes levadizas que tenían hechas de madera, o en canoas; y veíamos en aquellas ciudades CUES y adoratorios a manera de torres y fortalezas, y todas blanqueando, que era cosa de admiración, y las casas de azoteas y en las calzadas otras torrecillas y adoratorios que eran como fortalezas. Y después de bien mirado y considerado todo lo que habíamos visto tornamos a ver la gran plaza y la multitud de gente que en ella había, unos comprando y otros vendiendo que solamente el rumor y zumbido de las voces y palabras que allí había sonaba más que de una legua, y entre nosotros hubo soldados que habían estado en muchas partes del mundo, y en Constantinopla, y en toda Italia y Roma, y dijeron que plaza tan bien compasada y con tanto concierto y tamaño y llena de tanta gente no la habían visto.

“Dejemos esto y volvamos a nuestro capitán que dijo a fray Bartolomé de Olmedo, ya otras veces por mí memorado, que allí se halló: Paréceme, señor

padre, que será bien que demos un tiento a Montezuma sobre que nos deje hacer aquí nuestra iglesia. Y el padre dijo que será bien, si aprovechase; mas que le parecía que no era cosa conveniente hablar en tal tiempo; que no veía a Montezuma de arte que en tal cosa concediese. Y luego nuestro Cortés dijo a Montezuma con doña Marina, la lengua: Muy gran señor es vuestra merced, y de mucho más es merecedor; hemos holgado de ver vuestras ciudades; lo que os pido por merced, que pues que estamos aquí, en vuestro templo, que nos mostreis vuestros dioses y teules". Y Montezuma dijo que primero hablaría con sus grandes papas. Y luego que con ellos hubo hablado dijo que entrásemos en una torrecilla y apartamiento a manera de sala, donde estaban dos como altares, con muy ricas tablazonas encima del techo, y en cada altar estaban dos bultos, como de gigantes, de muy altos cuerpos y muy gordos, y el primero, que estaba a mano derecha, decía que era el de Uichilobos, su dios de la guerra, y tenía la cara y rostro muy ancho y los ojos disformes y espantables; en todo el cuerpo tanta de la pedrería y oro y perlas y aljófar pegado con engrudo, que hacen en esta tierra de unas como raíces, que todo el cuerpo y cabeza estaba lleno de ello, y ceñido el cuerpo unas a manera de grandes culebras hechas de oro y pedrería y en una mano tenía un arco y en otra unas flechas. Y otro ídolo pequeño que allí junto a él estaba, que decían que era un paje, le tenía una lanza no larga y una rodela muy rica de oro y pedrería; y tenía puesto al cuello el Uichilobos unas caras de indios y otros como corazones de los mismos indios, y éstos de oro y de ellos de plata, con mucha pedrería azules; y estaban allí unos braseros con incienso que es su copal, y con tres corazones de indios que aquél día habían sacrificado y se quemaban, y con el humo y copal le habían hecho aquél sacrificio. Y estaban todas las paredes de aquél adoratorio tan bañado y negro de costras de sangre, y así mismo el suelo, que todo hedía muy malamente. Luego vimos a otra parte, de la mano izquierda, estar al otro gran bulto del altar de Uichilobos, y tenía un rostro como de oso, y unos ojos que le relumbraban, hechos de sus espejos, que se dice Tezcal, y el cuerpo con ricas piedras pegadas según y de la manera del otro su Uichilobos porque, según decían, entrambos eran hermanos, y este Tezcatepuca era el dios de los infiernos, y tenía cargo de las ánimas de los mexicanos, y tenía ceñido el cuerpo con unas figuras como diablillos chicos y las colas de ellos como sierpes y tenía en las paredes tantas costras de sangre y el suelo todo bañado de ello, como en los mataderos de Castilla no había tanto hedor. Y allí le tenían presentado cinco corazones de aquél día sacrificados, y en lo alto de todo el CU estaba otra concavidad muy ricamente labrada la madera de ella, y estaba otro bulto como de medio hombre y medio lagarto, todo lleno de piedras ricas y la mitad de él enmantado. Este decía que el cuerpo de él estaba lleno de todas las semillas que había en toda la tierra,

y decían que era el dios de las sementeras y frutas; no se me acuerda el nombre, y todo estaba lleno de sangre, así paredes como altar, y era tanto el hedor, que no veíamos la hora de salirnos afuera. Y allí tenían un atambor muy grande en demasía, que cuando le tañían el sonido de él era tan triste y de tal manera como dicen estrumento de los infiernos, y más de dos leguas de allí se oía; decían que los cueros de aquél atambor eran de sierpes muy grandes.

Y en aquella placeta tenían tantas cosas muy diabólicas de ver, de bocinas y trompetillas y navajones, y muchos corazones de indios que habían quemado, con que sahumaban a aquellos sus ídolos, y todo cuajado de sangre. Tenían tanto, que los doy maldición; y como todo hedía a carnicería, no veíamos la hora de quitarnos de tal hedor y peor vista. Y nuestro capitán dijo a Montezuma, con nuestra lengua, como medio riendo: Señor Montezuma: no sé yo cómo tan gran señor y sabio varón como vuestra merced es, no haya colegido en su pensamiento cómo no son estos vuestros ídolos dioses, sino cosas malas, que se llaman diablos, y para que vuestra merced lo conozca y todos sus papas lo vean claro, hacedme una merced: que hayais por bien que en lo alto de esta torre pongamos una cruz y en una parte de estos adoratorios, donde están vuestros Uichilobos y Tezcatepuca, haremos un aparato donde pongamos una imagen de Nuestra Señora (la cual imagen ya Montezuma la había visto), y vereis el temor que de ello tienen esos ídolos que os tienen engañados". Y Montezuma respondió medio enojado, y dos papas que con él estaban mostraron malas señales, y dijo: "Señor Malinche: si tal deshonor como has dicho creyera que habías de decir, no te mostrara mis dioses. Estos tenemos por muy buenos, y ellos nos dan salud y aguas y buenas sementeras y temporales y victorias cuantas queremos; y tenémoslos de adorar y sacrificar; lo que os ruego es que no se diga otras palabras en su deshonor". Y desde que aquello le oyó nuestro capitán y tan alterado no le replicó más en ello, y con cara alegre le dijo: "Hora es que vuestra merced y nosotros nos vamos". Y Montezuma respondió que era bien; y que porque él tenía que rezar y hacer cierto sacrificio en recompensa del gran Tatacul, que quiere decir pecado, que había hecho en dejarnos subir en su gran CU, y ser causa de que nos dejase ver a sus dioses, y del deshonor que les hicimos en decir mal de ellos, que antes que se fuese lo había de rezar y adorar. Y Cortés le dijo: "Pues que así es, perdone, señor".

Fuera de estas dos notables fuentes relativas a Tenochtitlan, y las cuales como indicábamos son las más valiosas, sólo tenemos acerca de ella otra cuya importancia es menor, la procedente del que Clavijero llama El Conquistador Anónimo, el cual unos identifican con Francisco de Terrazas y otros con Alonso de Ulloa. Su relación publicada por vez primera por Gianbattista Ramusio en 1556 es bastante escueta, aun en el trozo que dedica a la ciudad.

En él se percibe un conjunto de ideas europeas que atajan su entusiasmo. No es la suya una impresión libre, espontánea provocada por la extraña ciudad que le moviera a descubrir su grandeza, y sus peculiaridades tanto materiales como humanas. Algunas menciones recuerdan ciertos trozos de Cortés y de Bernal, pero sin superarlos, sin aportar nada nuevo. Los valores tradicionales europeos, su apego a las cosas a las que estaba acostumbrado pesan exageradamente en su narración, así su visión de la ciudad resulta una visión incompleta, frustrada. Creo que podríamos decir también que su visión es una visión mestiza, por cuanto mezcla elementos, en una forma más patente y exagerada que los autores antes citados, del mundo europeo y del indígena. Esto nos lleva a pensar que él tal vez no conoció a fondo la ciudad indígena, y por tanto no pudo apreciarla suficientemente, quedándose tan sólo con algunos aspectos circunstanciales poco valiosos. Puede ser que él haya llegado cuando la toma de la ciudad se consumaba o cuando ya había caído. Por otra parte, la suya es la primera descripción de la ciudad colonial que comenzaba a edificarse y antecede a la hecha por Francisco Cervantes de Salazar. Representa así el testimonio del Conquistador Anónimo, la última descripción de la ciudad indígena y la primera de la ciudad española. Un trozo de ella puede convencernos de esto, veámoslo:

“Había y hay todavía en esta ciudad muy hermosas y muy buenas casas de señores, tan grandes y con tantas estancias, aposentos y jardines arriba y abajo que era cosa maravillosa de ver. Yo entré más de cuatro veces en una casa del señor principal, sin más fin que el de verla, y siempre andaba yo tanto que me cansaba, de modo que nunca llegué a verla toda. Era costumbre que a la entrada de todas las casas de los señores hubiese grandísimas salas y estancias alrededor de un gran patio; pero allí había una sala tan grande, que cabían en ella con toda comodidad más de tres mil personas. Y era tanta su extensión, que en el piso de arriba había un terrado donde treinta hombres a caballo pudieran correr cañas como en una plaza.

“Esta gran ciudad de Temistitán es algo más larga que ancha, y en el medio de ella, donde estaban la mezquita mayor y las casas del señor (Montezuma), se edificó el barrio y fortaleza de los Españoles, también ordenado y de tan hermosas plazas y calles como cualquiera otra ciudad del mundo. Las calles son anchas y extensas, formadas con hermosas y magníficas casas de mezcla y ladrillo, todas de la misma altura, salvo algunas que tienen torres; y por esta igualdad parecen mucho mejor que las demás. Se cuentan en este barrio o ciudadela de los españoles más de cuatrocientas casas principales, que ninguna ciudad de España las tiene por tan gran trecho mejores ni más grandes; y todas son casas fuertes, por ser labradas de cal y canto. Hay dos grandes plazas, y la principal tiene muy lindos portales todos alrededor; se ha hecho una iglesia mayor en la plaza grande y es muy buena. Hay

convento de San Francisco, que es edificio bastante hermoso, y otro de Santo Domingo, una de las más grandes, sólidas y buenas fábricas que pueda haber en España. En estos monasterios viven frailes de ajustada vida, grandes letrados y predicadores; hay un buen hospital y otras ermitas. Las casas de los indios quedan alrededor de este castillo, cuartel o ciudadela de los Españoles, de modo que están cercados por todas partes. En el barrio de los indios hay más de treinta iglesias donde los naturales vecinos de la ciudad oyen misa y son instruidos en las cosas de nuestra santa fe. La gente de esta ciudad y su comarca es muy hábil para cualquiera cosa, y la de más ingenio e industria que existe en el mundo. Hay entre ellos maestros de toda suerte de oficios, y para hacer cualquiera cosa no necesitan más que verla hacer una vez a otra. No hay gente entre todas las del mundo, que menos estimen las mujeres, pues no les comunicarían nunca lo que hacen, aunque conocieran que de ello les había de resultar ventaja. Tienen muchas mujeres como los Moros; pero una es la principal y la ama; y los hijos que tienen de ésta heredan lo que ellos poseen...”

Naturalmente que después de haber citado a Cervantes de Salazar resultaría obligado que hablásemos de él, mas el hecho de que el mayor y mejor especialista acerca de este autor, don Edmundo O’Gorman haya dedicado un trabajo entero a ese cronista, nos exime de hacerlo. Por ello lo dejamos consignado en este punto y pasamos delante.

Hombre a quien la Ciudad de México debe mucho fue Enrico Martínez, flamenco a cuya memoria se dedicó una calle y se erigió un monumento junto a Catedral. Enrico Martínez quien además de ser cosmógrafo, agrimensor, ingeniero hidráulico, fue también historiador, en su *Reportorio de los Tiempos* que es una especie de efemérides llena de erudición, en la cual la astrología, la geografía y aun los embriones de la geopolítica se dan la mano, va a ocuparse ya no en describir la ciudad a cuyos problemas tuvo que enfrentarse con gran ingenio y sapiencia, sino de los hombres que habitaban esa ciudad. Harto debió haber estado don Enrique de inundaciones, excavaciones, túneles de desagüe y trabajos continuos de miles de indios, que trataban de hacer más tolerable esta ciudad, para todavía hablar de ella. Por ello prefirió referirse mejor a los ingenios de sus habitantes cuyas necesidades más materiales tenía que satisfacer haciendo el desagüe.

Así en el capítulo XIII de su *Reportorio* escrito hacia 1560, va a ocuparse de la capacidad intelectual de los mexicanos. Enrico Martínez retoma la defensa de los americanos, en concreto del indígena, hecha por los teólogos y juristas, para exaltar las cualidades y virtudes del mestizo y del criollo. Adelántase así a Sigüenza y Góngora y más concretamente a Bermúdez de Castro y a Eguiara y Eguren, al dejar bien sentadas las cualidades de los

mexicanos. Su argumentación, apoyada en las clásicas autoridades, va a contribuir a formar un sentimiento de seguridad y aun de superioridad en los criollos, frente a la arrogancia de los peninsulares. No cabe duda por otra parte que la obra de Martínez o Martins, como era su apellido en lengua flamenca, contiene algunas apreciaciones no muy positivas respecto a México. Algunas ideas hay muy europeas que solapan la superioridad europea frente a una supuesta inferioridad de América.

Veamos en seguida un fragmento de su obra para conocer su procedimiento e ideas:

“Parecer es de algunos filósofos que de las personas de una nación semejante en edad y compleción sean generalmente más sabios, aquellos que son criados o habitan en regiones y tierras más calientes que frías, porque así como la frialdad entorpece y amortigua las potencias sensitivas del cerebro, así el calor las activa y despierta. Y esto parece que confirma Aristóteles en la sentencia quince del libro catorce de sus Problemas, donde dice que los que viven en tierras frías, por razón de la frialdad del lugar, se hacen de intenso calor interior, mayor que el que por naturaleza tienen, el cual, encerrado en las partes interiores del cuerpo, echa al cerebro humos y vapores gruesos que le ofuscan e impiden las acciones del entendimiento, por disponer mal los órganos de que se aprovecha para sus operaciones; y así esos tales generalmente se crían robustos y fuertes en las virtudes corporales, porque comen y digieren bien y es cosa cierta que mientras hubiere mucho calor en el estómago, le falta al cerebro el temperamento necesario al bueno y claro entendimiento, y así se ve por experiencia que más prudencia se halla generalmente en los viejos que en los mozos; porque como tienen poco calor en el estómago, suben también pocos vapores al cerebro a humedecerle y perturbar el entendimiento. Y esto mismo sucede, según el filósofo, a los que se crían y habitan en tierras moderadamente calientes, pues como el temperamento de esta Nueva España sea más caliente que frío, síguese ser acomodado para producir buenos ingenios. Y esto es cuanto al temperamento de la región, a lo cual se junta ser el signo del ascendente de este reino exaltación del planeta Marte, que tiene general dominio sobre la gente de España”.

“También los alimentos en esta Nueva España son de menor sustento y más fáciles de digerir que en Europa, que como ahondan poco las raíces de las plantas y mieses en esta tierra, participan los frutos y bastimentos menos de la sustancia terrestre, según se dijo en el capítulo décimo de este tratado. Son, pues (según parecer médico) los alimentos leves y de poca grasa muy acomodados al buen ingenio y los que menos perturban el entendimiento, pero por la misma razón ayudan poco a las fuerzas corporales.

“De aquí viene que los que vienen de España y de otros reinos de Europa

a estas partes reciban algunas mudanzas, según el temperamento e influencia celeste de este clima, y según la calidad de los nuevos alimentos crían nueva sangre, y la nueva sangre produce nuevo humor, y el nuevo humor, nueva habilidad y condición. Y siendo las causas de todo esto, según quedó referido, favorable y apropiados para producir buenos entendimientos, está claro que se avivarán los ingenios a las personas que gozaren de ellas, y así se ve por experiencia que en este reino las buenas habilidades forasteras se mejoran y las no tales se reparan.

“Ayuda también a esto la riqueza, abundancia y fertilidad de este reino. Bien notorio es a todos los que han estado en España, y en otras provincias de Europa, la estrechez que en algunas partes de ellas hay, y cuánto trabaja la gente, en especial los pobres, sólo para poder sustentarse; en lo cual ponen su principal cuidado, como en cosa forzosa y necesaria. También es cosa sabida que la necesidad y pobreza no sólo desanima a los hombres y animales, mas también las plantas se marchitan y entristecen, faltándoles lo necesario. Digo pues, que aunque la gente común en otras partes tenga buen ingenio y natural, no todos pueden cultivarlo, ni aplicarse a cosas curiosas y de entendimiento, porque la necesidad de las forzosas se lo impide; por lo cual al hombre que es hábil y pobre le pintan la una mano con alas levantadas y en la otra una grave pesa, significando con esto que aunque tiene ingenio para poder subir, el peso de la pobreza se lo impide. Sucede, pues, que la mayor parte de la gente que viene a estas partes los trae la necesidad y pobreza, y cómo este reino ha sido, y por la merced de Dios es todavía al presente, rico, fértil y abundante, los que vienen a él y se quieren recoger y aplicar a virtud se sustentan honestamente con moderada solicitud, de suerte que aliviados del peso de la pobreza, cobran brío y levantan el entendimiento, reparando en muchas cosas que de antes no solían, y no sólo se acomodan al lenguaje político que en este reino se usa, mas también se muestran ser sabios y prudentes en las cosas de importancia, en especial en adquirir hacienda, y algunos con la abundancia y riqueza, demás de hacerse cortesanos elocuentes, renuevan olvidadas honras y preeminencias; porque así como la sangre alimenta el cuerpo y alegra los sentidos, así la hacienda alimenta la honra y hace levantar los pensamientos a quien la posee”.

Y más adelante observando inteligentemente la situación de la ciudad, describe sus peligros futuros:

“Bien sabido es de todos que antes que los españoles viniesen a esta tierra los naturales de ella no tenían caballos ni ganado; tampoco se araba la tierra y las cuevas y laderas eran poco cultivadas; porque los indios, según dicen, labraban sus sementeras y milpas en tierra llana y junto a sus casas, con lo cual el agua que llovía y las vertientes de las sierras, como estaba la tierra dura y apretada, descendían menos turbias que ahora en estos tiem-

pos. Mas después que este reino está poblado de cristianos, como la tierra se ara por muchas partes y la huella de continuo el ganado y los caballos, es causa de estar movida y de que los aguaceros que vienen a parar a los llanos vengan envueltos con mucha lama y tierra, la cual se asienta en las partes más bajas, las cuales con esto van creciendo y subiendo poco a poco, hasta que vienen a emparejar con las demás tierras circundantes. Refieren las historias que cuando los cristianos vinieron a México llegaba la laguna de ella por la parte norte, hasta el cerro de Tenayuca, y por la banda del sur hasta el pueblo de San Mateo, y al occidente se extendía por todos los llanos entre Chapultepec y Tlalnepantla. Al presente vemos en algunas de las referidas partes (que conocidamente fue laguna) buenas heredades y labores, de donde se puede conjeturar que si en los pocos años que han pasado desde que los altos y contornos de la laguna se aran y labran, han los aguaceros traído tanta tierra a los llanos como queda referido y vemos, y han descarnado algunas tierras de los altos, de modo que está ahora en ella descubierto el tepetate, se puede presumir que por discurso de tiempo se alzarán el suelo de la laguna y la tierra en el contorno de la ciudad de México de tal manera que venga a emparejar con la ciudad, y aún sobrepajarla; respecto de que también el sitio de la ciudad (como lo más de ello es tierra movediza y salitrosa) se consume y baja con la humedad y peso de los edificios. Digo, pues, fundando mi parecer sobre las referidas razones, que la laguna de México y Texcoco no menguan, pues siempre entran en ella las aguas que solían entrar, sino que el suelo y la tierra a la redonda de ella crece haciendo que se estreche y levante el vaso de ella, y podría ser por discurso de tiempo llegar a tanto, que la ciudad recibiese detrimento de ello". . .

Magnífica y casi podríamos decir grandiosa descripción de la Ciudad de México, de la antigua, de la azteca, es la de Francisco López de Gómara, el Capellán de don Hernando Cortés. No es la suya una visión de la realidad que nunca vio, ni pudo gozar ni sufrir, sino una descripción hecha sin el contacto auténtico. Si Cortés le proporcionó, a más de la descripción escrita por él mismo, una información más amplia que complementó con informes llevados por testigos de su hallazgo y conquista, esto no borra de la narración de López de Gómara su pecado de inautenticidad. Ciertamente es que es bellísima y muy completa, que algunos datos olvidados por el Conquistador en su original descripción aparecen aquí, mas en ella pese a su forma perfecta no se dan ni la frescura, ni la sinceridad que encontramos en las de Cortés y Bernal Díaz.

Aún cuando es posterior, pues corresponde ya al siglo XVII, podríamos citar aquí a Antonio de Solís, el Cronista Palaciego quien a base de las relaciones anteriores nos deja fascinante pintura de la ciudad. En una prosa rica, esculpida a perfección, Solís escribió una de las descripciones más per-

fectas de la metrópoli azteca. Un pequeño trozo, aquél que se refiere a la plaza mayor y más en concreto al tenebroso zompantli, bastará para comprobar lo dicho:

"Su primera mansión era una gran plaza en cuadro con su muralla de sillera, labrada por la parte de afuera con relieves de culebras encadenadas que daban horror al pórtico, y estaban allí con alguna propiedad. Poco antes de llegar a la puerta principal estaba un humilladero no menos horroroso: era de piedra, con treinta gradas de lo mismo que subían a lo alto, donde había un género de azotea prolongada, y fijos en ella muchos troncos de crecidos árboles puestos en hilera: tenían estos sus taladros iguales a poca distancia, y por ellos pasaban de un árbol a otro, diferentes varas ensartando cada una por las sienas algunas calaveras de hombres sacrificados, cuyo número (que no se puede referir sin escándalo), tenían siempre cabal los ministros del templo, renovando las que padecían algún destrozo con el tiempo: lastimoso trofeo en que manifestaba su rencor el enemigo del hombre, y aquellos bárbaros le tenían a la vista sin algún remordimiento de la naturaleza, hecha devoción la inhumanidad, y desaprovechada en la costumbre de los ojos, la memoria de la muerte". . .

A fines del siglo XVI y principios del XVII encontramos otras interesantes descripciones. La primera es la que nos dejó en su lírica barroca, la cual inicia un gran ciclo en nuestras letras, Bernardo de Balbuena. Su *Grandeza Mexicana* por todos conocida y uno de cuyos especialistas y seguidor más distinguido es don Salvador Novo, es el canto primero y más insigne a la ciudad.

Contemporáneo a Balbuena quien alaba el esplendor novohispano y quien encuentra en los aportes europeos transformados en estas tierras los elementos de valor que posibilitan la grandeza que elogia, tenemos a un descendiente de los antiguos señores de Chalco Amaquemecan, don Domingo Anton Muñon Chimalpahin Cuauhtlehuauitzin. Más conocido por uno de sus apellidos, por Chimalpahin, este indígena que se refugia cabe la Ermita de San Antón, en las orillas de la calzada de Ixtapalapa —hoy infame y peligrosísimo viaducto— contempla callada y resignadamente la destrucción de la indiana ciudad y sufre en su espíritu sensible, la dura servidumbre por la que tienen que pasar sus hermanos de sangre para edificar la nueva capital con templos suntuosos, palacios magníficos y gigantescas obras públicas que caen como siempre, sobre los hombros de los más débiles. La visión de Chimalpahin, ya lo he dicho en otras ocasiones, continúa la visión del vencido, mas no por la guerra que fue rápida sino de la colonización, de un cambio de valores, de instituciones, de maneras de ser, lo cual realizase lenta y penosamente.

En pleno siglo XVII, cuatro testimonios nos hablan del crecimiento de la

ciudad. Los cuatro son obra de extranjeros: un inglés, o mejor dicho dos, un español y un italiano. En sus escritos revélase claramente su formación, mentalidad e intereses. La circunstancia que hizo posible su obra se muestra en toda ella, y así la pintura de la metrópoli novohispana resulta condicionada por sus muy variados intereses.

La primera es la del religioso renegado Tomás Gage quien destinado a las misiones de Filipinas, quedose en América varios años, habiendo podido conocer a perfección México y Guatemala. Gage, lleno de ingenio e ironía, retrata cuanto ve. Desconsidera a América, a la cual siente en todo inferior a Europa. Sus opiniones respecto a la naturaleza de estas tierras y sus productos son reveladoras de esa tendencia, si no veámoslo en el siguiente párrafo en el que narra su permanencia en el Convento de San Joaquín y las comodidades que en él gozaba:

“Gozábamos de estas delicias fuera de la casa, mientras en lo interior nos regalaban con toda clase de pescados y viandas, causándonos maravilla la abundancia de los dulces, y sobre todo de conservas de que habían hecho acopio para nosotros. Durante el tiempo de nuestra permanencia, nos llevaban a cada uno todos los lunes por la mañana, media docena de cajas de cadoñate o carne de membrillo, mermelada, jalea y frutas en almíbar por no hacer mención de los bizcochos, para que fortaleciéramos nuestros estómagos tomando un tente en pie por la mañana, y lo restante del día. Y a decir verdad, bien lo habíamos menester, porque sentíamos que nuestros cuerpos desfallecían, si pasábamos mucho rato sin comer alguna friolera.

“En España y en las demás partes de Europa basta hacer el almuerzo, la comida y la cena todas las veinticuatro horas; pero en México, y otros muchos parajes de América, observamos que dos o tres horas después de haber hecho una comida, en la cual nos habían servido tres o cuatro platos de carnero, vaca, ternera, cabrito, pavos y otras aves y animales de caza, no podíamos estar de debilidad de estómago, y casi nos caíamos de desmayo, de modo que nos veíamos precisados a confortarnos y reponernos con una jícara de chocolate, un poco de conserva o algunos bizcochos, para lo cual nos daban tanta cantidad.

“Parecíame todo muy extraño, y con tanto más motivo cuanto que, excepto la vaca, las demás viandas tenían trazas de ser gordas y suculentas como las de Europa. Consulté mis dudas con un médico, el cual me respondió: Que, si bien las carnes que comíamos ofrecían a la vista el hermoso color y gordura de las de España, no obstante estaban muy lejos de ser tan propias para el nutrimento como las de allende la mar, a causa de la sequedad de los pastos y de la falta de cambio de temperatura de las estaciones, no medrando la yerba como en Europa, y marchitándose muy pronto. Añadió a esas razones: que el clima de aquella región tenía la calidad de producir

cosas buenas en la apariencia, pero de poca substancia para alimentar; que lo mismo que con las viandas que comíamos, sucedía con todas las frutas, que son tan hermosas a la vista y tan gratas al paladar, pero de ninguna virtud nutritiva por dentro; y que no hay ninguna de cuantas veíamos, por gruesa que fuera, la cual pudiese dar la mitad de la sustancia que contiene una camuesa de España o una manzana de las más pequeñas de Inglaterra.

“Como hay engaño en la apariencia exterior de las carnes y de las frutas, así se halla entre las gentes nacidas y criadas en aquel país, las cuales muestran un exterior hermoso por fuera, mas por dentro están llenas de disimulo y falsedad.

“Muchas veces he oído a los españoles que la reina Isabel de Inglaterra respondió a unos que le presentaron varias frutas de América: ‘Menester es que en el país donde se crían estas frutas, las mujeres sean mudables y los hombres embusteros’...

Si bien su descripción de las ciudades, particularmente de la de México es importante, lo más valioso en Gage es la pintura de sus habitantes, sus costumbres, sus formas de ser que critica y zahiere. Religioso pero no demasiado ortodoxo, censura costumbres ajenas a la bruma y a la hipocresía sajonas. Asombrado por un mundo de color, de mezclas, de contrastes, buena parte de lo que ve le parece malo, negativo. Acierta en sus ataques, es verdad, mas en ocasiones es lo extraño que no entiende lo que provoca su punzante comentario.

Pequeños ejemplos harán patente su espíritu observador. Uno de ellos se refiere al sentido de la honra de los conquistadores el cual coloca en estas tierras los comentarios a idénticos sentimientos de los peninsulares. Dice así:

“Como se reedificó la ciudad, había ya gran diferencia entre un conquistador y un simple habitante de México. La calidad de conquistador era un título honorífico que no pertenecía sino a los que habían subyugado el país, y el rey de España les daba tierras y rentas para ellos y sus herederos; mientras los simples habitantes pagaban todos los años su pecho y contribución por la casa en que moraban en la ciudad.

“Por ese punto de vanagloria se encuentran a cada paso en toda la América gentes que se dan por hidalgos entre los españoles, pretendiendo todos en el día que vienen por línea recta de alguno de los conquistadores, aunque sean más pobres que Job. ‘¿Dónde está la hacienda de vuestra merced?’ preguntaron a uno de esos caballeros andantes que infectan el país. ‘La fortuna se la ha llevado; pero toda la adversidad del mundo no podrá llevarse una brizna de mi honra ni de mi nobleza’. Tal es la respuesta de todos ellos, cuando la vista del extranjero se queda clavada en los andrajos que tan mal cuadran a tanta soberbia”.

“Se ven remendones, y hasta trajineros que van a ganar su vida con media docena de mulas por los caminos, los cuales se dan por descendientes de Mendoza o de Guzmán y basta para que juren que son de la familia de los duques de Medinasidonia o los marqueses de Astorga. Sus abuelos pasaron los mares para conquistar la América, y han dado provincias enteras y reinos dilatados a la corona de España; pero la mudable fortuna les ha vuelto la espalda, y ahora se ven obligados a esconder, por modestia y respeto a su ilustre sangre, algunos deslices de los gregüescos con una capa harto lampiña”...

El otro se refiere a las mujeres, tema que es una constante en toda la obra de Gage. No sabemos si de estas mujeres americanas: españolas, mestizas o mulatas tenía particular apetencia el fraile, la cual no pudo satisfacer y por eso se refiere casi siempre mal de ellas. Hay en sus ataques cierto tufillo de predicador ejemplificante mezclado con un incontenido deseo de gozarlas. Así, después de haber afirmado que en México hay cuatro cosas hermosas que son: “las mujeres, los vestidos, los caballos y las calles”, pasa a hablar de las damas.

“A lo que se dice de la lindeza de las mujeres, puede añadirse que gozan de tanta libertad y gustan del juego con tanta pasión, que hay entre ellas quien no tiene bastante con todo un día y su noche para acabar una manecilla de primera cuando la ha comenzado. Y llega su afición hasta el punto de convidar a los hombres públicamente a que entren a sus casas para jugar. Un día que me paseaba yo por una calle, con otro religioso que había ido conmigo a la América, estaba a la ventana una señorita de grande nacimiento, la cual, conociendo que éramos chapetones (nombre que dan a los recién llegados de España el primer año), nos llamó y entabló conversación con nosotros. Después de habernos hecho algunas preguntas muy ligeras sobre España, nos dijo si no queríamos entrar, y jugaríamos una manecilla de primera”.

“Los hombres y las mujeres gastan extraordinariamente en vestir, y sus ropas son por lo común de seda, no sirviéndose de paño, ni de camelote ni de telas semejantes”.

“Las piedras preciosas y las perlas están allí tan en uso y tienen en eso tanta vanidad, que nada hay más de sobra que ver cordones y hebillas de diamantes en los sombreros de las señoras, y cintillos de perlas en los de los menestrales y gente de oficio”.

“Hasta las negras y las esclavas tienen sus joyas, y no hay una que salga sin su collar y brazaletes o pulseras de perlas, y sus pendientes con alguna piedra preciosa”.

“El vestido y atavío de las negras y mulatas es tan lascivo, y sus ademanes

y donaire tan embelesadores, que hay muchos españoles, aún entre los de la primera clase, que por ellas dejan a sus mujeres”.

“Llevan de ordinario una saya de seda o de indiana finísima recamada de randas de oro y plata, con un moño de cinta de color subido con sus flecos de oro, y con caídas que les bajan por detrás y por delante hasta el ribete de la basquiña.

“Sus camisolas son como justillos, tienen sus faldetas, pero no mangas, y se les atan con lazos de oro y plata”.

“Las de mayor nombradía usan ceñidores de oro, bordados de perlas y piedras preciosas”.

“Las mangas son de rico lienzo de Holanda o de la China, muy anchas, abiertas por la extremidad, con bordados; unas de seda de colores y otras de seda, oro y plata, largas hasta el suelo”.

“El tocado de sus cabellos, o más bien de sus guedejas, es una escofieta de infinitas labores, y sobre la escofieta se ponen una redecilla de seda; atada con una hermosa cinta de oro, de plata o de seda; más en la frente, y en la cual se leen algunas letras bordadas que dicen versos o cualquiera pensamiento de amor”.

“Cúbrese el pecho con una pañoleta muy fina que se prenden en lo alto del cuello a guisa de rebocillo, y cuando salen de casa añaden a su atavío una mantilla de linón o cambrai, orlada de una randa muy ancha o de encajes; algunas llevan en los hombros, otras en la cabeza; pero todas cuidan de que no les pase de la cintura y les impida lucir el talle y la cadera.

“Hay varias majas que se echan la mantilla al hombro, pasándose una punta por el brazo derecho y tirándose la otra al hombro izquierdo, para tener libres las mangas y andar con mejor garbo; pero se encuentran otras en la calle, que en lugar de mantilla, se sirven de una rica saya de seda, de la cual se echan parte al hombro izquierdo, y parte sostienen con la mano derecha, teniendo más trazas de jayanes atolondrados que de muchachas honradas”.

“Sus zapatos son muy altos, y con muchas suelas guarnecidas por fuera de un borde de plata, clavado con tachuelitas del mismo metal que tienen la cabeza muy ancha”.

“La mayor parte de esas mozas son esclavas, o lo han sido antes, y el amor les ha dado la libertad para encadenar las almas y sujetarlas al yugo del pecado y del demonio”...

Antonio Vázquez de Espinosa, nacido en Jerez de la Frontera en el siglo XVI, carmelita de profesión y muerto en Sevilla en 1630, fue eminente teólogo y predicador. Vázquez de Espinosa no creyó que el cultivo de la mística fuera incompatible con los viajes y así, como misionero pasó a México y al Perú; recorrió buena parte de sus tierras y reunió rica información, la

cual rubricó con el título de *Compendio y Descripción de las Indias Occidentales*. En tal *Compendio* nos dejó una valiosa descripción de la ciudad, bien organizada, sobria en sus aspectos generales, pero abundosa cuando describe, como buen religioso, las iglesias y conventos de esta insigne ciudad que eran innumerables.

Sus cualidades de teólogo especializado en problemas de conciencia unidas a su fina curiosidad, le hacen percibir con gran nitidez y delicadeza, aspectos muy peculiares de la por entonces mejor y más importante ciudad de las Indias.

Una pequeña parte de su pintura en la que se trasluce su capacidad narrativa es la siguiente:

"La ciudad es de las mejores y mayores del mundo, de excelente temple, donde no hace frío ni calor, de maravilloso cielo y sanos aires, que con estar fundada sobre la laguna es muy sana. Por las causas referidas y serlo la región, coge sitio de una muy populosa ciudad; tendrá de circunferencia más de dos leguas, todas las casas de muy buena fábrica, labradas de una piedra finísima colorada, y peregrina en el mundo, de que hay riquísimas minas junto a la laguna, la cual es dócil de labrar y tan liviana que una losa grande o pequeña nada sobre el agua sin hundirse, como vide por vista de ojos cuando estuve en aquella ciudad el año de 612".

"Las calles son muy derechas, anchas y desenfadadas, que juntamente con la buena casería parecen bien; es muy abastecida, abundante, barata y regalada. Por las calles hay anchas y hondas acequias de agua de la laguna y puentes por donde pasan de una parte a otra.

"Para el abasto de la ciudad entran de toda la tierra cada día por la laguna más de mil canoas cargadas de bastimentos, de pan, carne, pescado, caza, leña, yerba que llaman zacate y lo demás necesario, y por tierra todos los días más de 3,000 mulas cargadas de trigo, maíz, azúcar y otras cosas a las alhóndigas; con que viene a ser uno de los lugares más abundantes y regalados del mundo".

"La ciudad tendrá más de 15,000 vecinos españoles y más de 80,000 indios vecinos que viven dentro de la ciudad y en el barrio o ciudad de Santiago Tlaltelulco y en los demás arrabales o chinampas. Sin los cuales hay más de 50,000 negros y mulatos esclavos de los españoles y libres con que la habitación de la ciudad es muy grande y extendida. Es de mucha contratación así por la grosedad de la tierra y ser Corte de aquellos reinos como por la grande correspondencia que tiene con España, Pirú, Philipinas y con las provincias de Guatemala y su tierra Yucatán, Tabasco y todo el reino de la Nueva Galicia y Vizcaya.

"Hay de ordinario en ella cuatro ferias (mercados) con grande cantidad de mercadería, de sedas, paños y todo cuanto se puede hallar en las más abastecidas del mundo, que son en S. Juan, domingo, lunes y martes; en

Santiago las hay todos los días; en Sta. María la Redonda, en la plaza mayor, en la de la Modorra y en S. Hipólito miércoles y jueves y en Tomatlán que es hacia la albarrada, hay feria de comida todos los días.

"Sin lo cual hay muchas y gruesas tiendas de mercaderes, oficiales de todos oficios, españoles e indios que con primor los usan y ejercitan; de suerte que con la abundancia que hay de todo, no se carece de cosa en esta famosa ciudad. Tiene muy buena iglesia Catedral, que hizo el cristianísimo Marqués del Valle D. Fernando Cortés, luego que conquistó aquel reino y ganó la ciudad. Puso por bases de los pilares unos ídolos de piedra de los gentiles.

"Como la ciudad de México ha ido en tan grande aumento y opulencia, se ha fabricado otra iglesia catedral, que aún no está acabada, que puede competir en grandeza y riqueza con las mejores de toda la cristiandad; tiene otras iglesias parroquiales como son Sta. Catarina mártir, la Veracruz, S. Antón y otras iglesias donde se administran los santos sacramentos a los fieles". . .

El añorado Cronista de esta ciudad Artemio de Valle Arizpe, entre los testimonios que recogió para su libro *La ciudad de México a través de sus cronistas*, figura el de Waffer quien visitó esta ciudad en el siglo XVII hacia 1678. Este sajón no estaba dotado del espíritu analítico y punzón de Gage, ni tampoco hizo crítica social. Minuciosa es su descripción, que nos deja detalles de la ciudad que no encontramos consignados en ninguna otra fuente, y los cuales posibilitan una mejor reconstrucción. Por otra parte sus inclinaciones oscilan del lado de la oligarquía que le abrió sus puertas y a la que menciona con entusiasmo.

Y ya para terminar, pues estoy seguro ha fatigado este largo viaje de dos siglos por esta ciudad, más largo que los que suelen organizar diversos institutos culturales para los turistas nacionales, mencionaré el famoso Gemelli Carreri, autor de *II Giro del Mondo* en el que narra sus excursiones por Persia, Turquía y también México. Gemelli estuvo en esta ciudad en el siglo XVII cuando vivía en ella el insigne Carlos de Sigüenza y Góngora, quien conversó con él habiéndole proporcionado sesuda información y obsequiándole algunos mapas y estampas.

Gemelli nos regaló con una especie de diario en el que anota cuanto de importante advierte. Muchos de los días consagrados a México como se revela en su diario, los pasó visitando iglesias, conventos y observando cómo se desarrollaban determinadas solemnidades religiosas, las cuales narra con cierto donaire. Adviértese en sus textos una afición popularista y una delectación por lo pintoresco y colorido. A Gemelli le impresionan como a todos los viajeros, los abundantes templos y monasterios y la forma de vida que en ellos imperaba, principalmente el hecho de que las religiosas fuesen tantas y que las reglas a que estaban sujetas les permitiesen vivir mundanamente rodeadas de una servidumbre numerosa y costosa. Sus impresiones

las ofrece desnudas, casi sin comentarios y sólo de vez en vez se atreve a externar su opinión cáustica.

Uno de los relatos mejores es el que describe el descuartizamiento de unos criminales, las procesiones de la Semana Santa y el paseo del Canal de la Viga, al cual llama el Posilipo de México. Saboreémoslos para terminar esta exposición:

“El lunes, día 25, por ser fiesta de la Anunciación de la Virgen, fuí a oír la misa cantada y el sermón al convento de la Encarnación, y oí cantar a las monjas bastante bien. Son éstas cerca de cien, y tienen más de trescientas criadas. En la iglesia hay siete altares pequeños: el convento es muy amplio. Después de comer, pasando por San Francisco el grande encontré reunida allí casi la mitad de la plebe, a fin de ver las exequias de tres ajusticiados que un mes antes, por enormes delitos, habían sido hechos cuartos y estaban expuestos en lugares públicos para terror de otros delincuentes. Los religiosos de San Juan de Dios pidieron esos cuartos a la audiencia del crimen, la cual los concedió, como ordinariamente lo hace. Puestos luego en la camilla de los Desamparados, que está en un convento, solicitaron limosna dichos religiosos para celebrar misa y sepultarlos. Los llevaron después, según costumbre, al monasterio de San Francisco, en donde sus frailes hicieron las exequias y predicaron un buen sermón, y finalmente, volviéndolos por las calles públicas de la ciudad a dicha capilla de los Desamparados, los sepultaron en ella. . .

“El jueves santo, día 4, salieron tres procesiones sucesivamente: la primera fue la de los cofrades de la Trinidad, que iban vestidos de color rojo: son lo mismo que los de la nobilísima archicofradía de igual título en Nápoles, los cuales, ilustres casi todos por su nacimiento y por su virtud, reciben en su famoso hospital, celeberrimo en toda la Europa, a los peregrinos, de cualquiera nación que sean, y a los convalecientes; se ejercitan en otras obras de piedad y caridad cristiana, y muchos años atrás hacían igual procesión, con que edificaban grandemente al pueblo. La segunda procesión fue la de los cofrades de la iglesia de San Gregorio de los padres de la Compañía, y la tercera de los cofrades de San Francisco, a la cual llaman procesión de los chinos, porque la sacan los indios de las Filipinas. Cada una lleva sus imágenes, gran cantidad de luces y una compañía de hombres armados, del modo referido antes; iban también algunos a caballo, precedidos de trompetas que tocaban sonatas fúnebres. Llegada la última procesión al palacio real, tuvieron contienda sobre precedencia los chinos con los cofrades de la Santísima Trinidad, de que resultó que se dieron golpes con las mazas y cruces, y muchos quedaron heridos.

“Los sepulcros o monumentos que se ponen en México son bonitos y vistosos, pero pobres de luces; todos iguales, y cada año se ponen de un mismo

modo. Los tabernáculos son altos, con columnas, y con labores de estuco dorado, los cuales sirven mientras está buena la madera. Fui a verlos en la noche, según se acostumbra allí. En la mañana del viernes, día 5, a buena hora fui a la casa de D. Felipe de Rivas, pues me había invitado éste a ver en ella la procesión del Calvario o de Jerusalén, que sale de San Francisco el grande, con la insignia del Santo Sepulcro. Cuatro horas antes del medio día se oyeron tres trompetas de triste sonido, y después se vieron muchos cofrades con luces en las manos, entre los cuales iban varios disciplinantes. Pasó en seguida una compañía de hombres armados, algunos de estos a caballo, llevando la sentencia, el título de la cruz, las vestiduras y otros símbolos de la Pasión; luego otros hombres representando al buen ladrón y al malo, a Nuestro Señor, a su Madre Santísima, a San Juan y a Santa Verónica; después, en mulas, dos que fingían ser sacerdotes hebreos, y por último, otras semejantes representaciones bastante bien dispuestas. Habiendo vuelto la procesión a San Francisco, se predicó en medio del atrio a la multitud, reunida en él para ver las tres caídas de Nuestro Señor y los hechos de la Verónica, de la Madre Santísima y de San Juan que se habían de representar allí, a fin de moverla a compasión”.

“En la tarde salió la procesión de los negros e indios, hermanos de la cofradía de Santo Domingo, con muchas personas que se disciplinaban y hacían otras penitencias. Iban en ellas algunas devotas imágenes, una compañía de hombres armados y el sepulcro de Nuestro Señor. A esta procesión siguió la de los españoles, llamada del entierro de Cristo: la acompañaban diez y seis regidores, que son los electos por la ciudad, dos alcaldes y el corregidor, que hacen justicia en México en primera instancia, y eran precedidos por sus alguaciles. Seguían muchos caballeros de hábito y cofrades, y todas las insignias de la Pasión llevadas en pequeñas varas por ángeles bien vestidos de color negro y adornados de joyas. Iban luego diez penitentes, arrastrando larguísima caudas; la compañía de hombres, armados de arma blanca y muy bien vestidos, como en las otras procesiones; y al último la imagen de Nuestro Señor en una rica urna de plata, cerrada por cristales, de la cual había hecho donación el obispo de Campeche al monasterio de Santo Domingo. Cerca de la urna iban la Madre Santísima y San Juan, y detrás una infinidad de devotos. En suma, esta procesión no cede en magnificencia a las nuestras europeas”.

Y aquel párrafo en que nos habla del desaparecido Canal de la Viga dice:

“Después de comer fui a divertirme al canal de Jamaica, que es el Posilipo de México. Se pasea allí en canoas o sea barcas, y si se quiere también por tierra. Va en aquéllas gran número de músicos y cantores, hombres y mujeres, que compiten entre sí en manifestar la perfección de su canto. En las orillas del canal hay algunas pobres casas de indios, y hosterías para tomar

refrigerantes, esto es: chocolate, atole y tamales. El principal ingrediente de estos dos últimos manjares es el grano de Indias (maíz), preparado del modo que sigue: Hierven el maíz con cal, y después que ha reposado lo muelen como se hace con el cacao; pasan luego la pasta, mezclada con agua, a través de un cedazo, y sale un licor blanco y espeso semejante al que hacemos de la almendra; ese licor, así que ha hervido un poco, se llama atole, y se bebe mezclado con el chocolate, o solo. De este segundo modo y con azúcar lo beben los golosos. Pero sea como fuere, es muy nutritivo y de uso común en las Indias. La masa que queda, se lava, y de ella se hacen los tamales, poniéndoles carne picada, dulce y especias, y dándoles algún color por encima. Tanto éstos como el atole no me parecieron de mal sabor, si bien mi paladar está acostumbrado igualmente a lo bueno que a lo malo". . .

Estos testimonios, a los que habría que agregar otros más, revelan a la ciudad colonial, tal como fue vista en su crecimiento por propios y extraños.

ANTECEDENTES HISTÓRICOS SOBRE EL MESTIZAJE Y LA TRANSCULTURACION EN LA FAJA FRONTERIZA MEXICANA

WIGBERTO JIMÉNEZ MORENO
Seminario de Cultura Mexicana

1. *El mestizaje en México*

ES CONVENIENTE MENCIONAR rápidamente unos antecedentes pre-hispánicos para entender cuál era la actitud de los indígenas frente a la mezcla de grupos antes de la llegada de los españoles. En México hay una zona en la que constantemente se mezclaron los pueblos, mientras que otras regiones no fueron propicias a esa mezcla.

Hay que tener presente, además, la existencia de dos Méxicos: el México de los sedentarios, o sea *Mesoamérica* —área cultural establecida por el Doctor Paul Kirchhoff—, y el México de los nómadas que llamamos *Aridamérica* (si bien hay que advertir que la zona del Noroeste de México donde están, por ejemplo, Sinaloa y Sonora, no estaba habitada por nómadas, sino por sedentarios —aunque menos expertos en la técnica agrícola y en otras— y gran parte de éstos correspondería a otra demarcación cultural denominada por Kirchhoff "*Oasis-América*").

La distinción entre sedentarios y nómadas es fundamental para entender los procesos de mestizaje y transculturación en la época colonial: en el Norte, los nómadas no tenían nada valioso que ofrecer desde el punto de vista cultural, y, al extinguirse, apenas si dejaron alguna huella. Habían desaparecido casi totalmente ya para fines del Virreinato y entonces quedó prevaleciendo el grupo de ascendencia hispánica, de tal modo que la población del Norte de México es fundamentalmente de ese origen. En cambio, en las zonas del Centro y del Sur había culturas indígenas muy fuertemente arraigadas, que en parte sobrevivieron, y aun la española se vio profundamente afectada por la cultura indígena preexistente, y, en consecuencia, las insti-